

tos, las fieras, los hombres mismos son mis enemigos; la tierra no me da más que espinas, el fuego devora mis mieses, el cielo fulmina rayos, el agua sumerge mis naves y destruye mis haciendas; necesito de víctimas para aplacar al cielo irritado. ¿Y qué valen los corderos y becerros? ¿Qué los toros y las aves? Si éstos son inferiores á mí en su naturaleza; si son unos seres estúpidos, incapaces de mérito; si yo los domino con mi razon, aunque tengan fuerzas físicas mil veces mayores que las mías, ¿cómo es posible que el cielo se aplaque con semejantes sacrificios? Hé aquí, señores, lo que responde toda la humanidad ilustrada con los destellos de la revelacion primitiva; pero esta misma humanidad, embrutecida en los excesos de las pasiones y olvidada de las antiguas tradiciones, objeto de mil vértigos intelectuales, os responderá muy pronto que, necesitando de víctimas preciosas para aplacar al cielo, ha escogido aquellas de mayor valía, ha tomado en sus manos á hombres sobre quienes creía en su error tener algun derecho, ha levantado sobre su cuello el cuchillo sacerdotal, los ha inmolado en los altares para apagar el fuego de la cólera de los númenes irritados. Hé aquí los sacrificios de la humanidad pecadora.

¡Ah! Causa lástima el echar una ojeada en el mundo antiguo; se le hiela á uno el corazon al saber que las madres, al son de mil instrumentos horrisonos, arrojaban á sus hijos tiernos en hornos de fuego, para honrar á los dioses falsos; tiembla al pensar que á sangre fria se degollase un ejército de atletas vencidos, para presentar sus entrañas á un ídolo de piedra; pero advirtamos entre tanto que el mundo ha estado siempre dividido en dos secciones: en la una se ha adorado á Dios en espíritu y verdad; en la otra se ha cometido el crimen de no rendir al Sér divino los debidos homenajes de adoracion; en estas dos secciones se advierte que el signo de la adora-

cion es el sacrificio. ¿Qué ofrecen los hombres para aplacar el cielo? Unos ofrecen semillas, harinas, líquidos, corderos, becerros, tórtolas y palomas, y tienen la gloria de tener por primer sacerdote de estos sacrificios á Adan inocente, que alaba á su Dios, ó al mismo, ya pecador, que le pide perdon é indulgencia; despues de él vienen Abel, Seth, Henoch, Noé, Abraham, Moisés, Aaron, Finés, Onías, que son la personificacion del culto verdadero que por espacio de cuarenta siglos diera á su Criador una seccion de la humanidad: al frente de esta gran familia justa reina otra criminal, que, ó no da á Dios el culto como éste lo exige, ó lo consagra á quien no es debido.

Séase que contemplemos el sacrificio de los pueblos y familias justas, séase que observemos los holocaustos de los idólatras; ora nos paremos ante el altar de piedra de Jacob, ó ante el de oro de Moisés y Salomon, ó bien nos detengamos ante el templete de Moloch, ó junto á los becerros de Jeroboan, comprenderemos que la humanidad clamaba por un sacrificio, de que necesitaba, tanto para aplacar al Dios airado como para alabar al Dios misericordioso.

Así estaba el mundo al aparecer en él el Sumo y Eterno Sacerdote segun el orden de Melquisedech. De estas dos clases de sacrificios, ninguna podia subsistir: la una por ser criminal y contraria á la misma adoracion, la otra por ser nula para lo que la humanidad la queria. Cuantos sacrificios se ofrecieran á Dios santamente por mano de los justos de la ley natural, y por los sacerdotes de Leví, eran sombras y figuras; así es que, como dice el divino Pablo, nunca podian aquellas víctimas que cada año se ofrecian hacer perfectos á los mismos que á ellas se llegaban, porque de otro modo no tendrian que reiterarse para la purificacion de los que una vez habian sido santificados. ¿Qué quiere decir que el aaronita no podia

entrar en el santuario sino una vez al año, teniendo que ofrecer un sacrificio? ¿Qué significa que todos los años se hiciese mencion de los mismos pecados, que cada holocausto iba acompañado de las mismas oraciones que decia el sumo sacerdote por su ignorancia y por la de su pueblo? Todo esto da á entender que los sacrificios antiguos, por aceptos que fuesen á Dios, no eran más que figuras de otro más grande y eficaz; tanto importa que se inmole un cordero como cien mil becerros; lo mismo es rociar el altar del holocausto con cuatro gotas de sangre que regarlo y empapararlo, si pudiera ser, con el líquido animal; siempre quedaba en pié la iniquidad antigua; siempre clamaba al cielo el reato universal: inmundicias legales, manchas muy transitorias, desaparecian con la oblacion de estos sacrificios, nada más; pero en cuanto á las culpas que merecian pena eterna, era imposible que fuesen quitadas con las víctimas de toros y otros animales. Todo esto, por fin, significaba, concluiré con el mismo Apóstol, que no estaba aún descubierto el camino del santuario miéntras estuviese en pié el antiguo tabernáculo.

En resúmen, amados mios; la humanidad que adoraba al Dios verdadero, y la que quemaba el incienso ante los ídolos, se veia precisada á reiterar sus sacrificios, confesando desde luégo su ineficacia, y además la imperiosa necesidad en que se hallaba de ofrecer al cielo lo más inocente, y que fuera al mismo tiempo lo más precioso, para que fuese sustituido en lugar del culpado y para que con su valor satisficiera á la justicia divina. El judío y el gentil confesaban esta verdad, el primero clara y explícitamente, como se lo enseñaban la ley y los Profetas, y el segundo por una tradicion vaga, indeterminada, pero que no dejaba de ser muy cierta, pues era tan antigua como la misma humanidad.

Entre tanto se acerca la plenitud de los tiempos, y se

cumple el instante prefijado por la Providencia divina para la santificacion del mundo. El Verbo divino, sin dejar toda la gloria de su esencia ingénita, es engendrado en el castísimo seno de una Virgen; y al poner el pié en el nuevo terreno que iba á ser el teatro de sus trabajos y fatigas, da el decreto de abolicion de todo sacrificio, presentándose él á su Padre como Sacerdote eterno, cuyo ministerio ni tuviera principio ni viera el fin, y como Víctima inmortal que, sacrificada una vez, aún quedaria viva para interceder por nosotros: *semper vivens ad interpellandum pro nobis*. En estas dos circunstancias estribaba la inmensa diferencia que habia entre los sacrificios que concluian y el nuevo que empezaba; en aquéllos el sacerdote no podia ofrecerse á sí mismo, por ser hombre mortal sin dominio sobre su propia existencia; tenía, pues, que ofrecer la sangre ajena, la sangre de las víctimas, tan ineficaz para borrar los pecados como hubiera sido la suya propia si hubiera tenido derecho para regar con ella las aras. En el sacrificio de Jesus todo se identifica; víctima y sacerdote son una misma cosa. Jesus es dueño de ofrecer su alma y su vida, porque tiene sobre ella un derecho pleno y absoluto; y esta vida que ofrece es de un valor infinito.

¿Comprendeis, señores, lo grandioso de esta sustitucion del inocente por los culpados? ¿Comprendeis cómo en una misma persona pueda haber dos cosas tan distintas, como es ser sacrificante y sacrificado? ¿Entendeis acaso pueda suceder que la víctima espire y sea inmutada realmente, y que al mismo tiempo esta víctima esté viva rogando por los criminales? ¿Podreis llegar á entender cómo este sacrificio no es ofrecido más que una vez, y sin que la víctima muera sea ofrecido sin cesar en todas las partes de la tierra? Estos son, amados mios, los grandes misterios que encierra la union hipostática del Verbo divino con la naturaleza humana; la razon no

tiene fuerza para comprenderlos, pero la revelacion nos da luz suficiente para entender de algun modo estas maravillas.

«Dios, dice el Profeta-Rey, habia jurado á su Hijo desde la eternidad, asegurándole que era Sacerdote eterno.» *Juravit Dominus, et non penitebit eum; tu es Sacerdos in æternum.* Este sacerdocio era una propiedad inherente al Verbo divino; mas las funciones de este sacerdocio y la víctima de este sacerdote tenian que ser ejecutadas las unas y tomada la otra de otra naturaleza, para que hubiese en la misma persona parte superior y parte inferior, naturaleza divina y naturaleza humana; de tal modo, que habiendo estas dos naturalezas en la misma persona, Dios era hombre, el hombre era Dios. Dios, que por su naturaleza es inmortal, no podia ofrecerse á la muerte, no podia ser inmolado ni consumido, como lo exige toda hostia; pero este Dios es hombre, este hombre es ofrecido, es muerto, es inmolado, y al mismo tiempo es ofrecido, es sacrificado y muerto el mismo Dios. El Sacerdote eterno, ¿podia tomar de entre los séres criados una víctima agradable á los ojos de su Padre? No, pues no tenian valor suficiente para aplacar su justicia infinita, vilmente ofendida por los hombres; tiene, pues, que presentarse á sí mismo por hostia del sacrificio. ¿Y podrá esta naturaleza individual tener mérito para apaciguar la eterna justicia? Sin estar unida á la persona divina, ninguno tendria; la naturaleza humana podia ser inocente como un niño, pura como un sol; pero ella por sí sola nada podia para la redencion del mundo. Pero esta misma naturaleza obtiene un mérito infinito desde el momento en que se une á ella el Verbo divino: muere el Hombre, y esta muerte tiene un valor infinito, porque la persona divina se lo da, porque muere Él y muere Dios.

Así se cumple sin contradiccion que el Verbo divino

es sacerdote y es víctima; así se cumple que muere una sola vez, santificando con esta muerte á todos los hombres, y ofreciéndose sin cesar, sin tener que morir de nuevo, ni presentar otra víctima para el sacrificio, pues Él con su propia sangre entró en el Santuario, como dice el Apóstol.

¡Ah humanidad, humanidad! Alza ya esa noble frente, que llevas inclinada hácia el suelo en signo de anatema; desaparezca ese rubor que te causa el antiguo crimen que no podias borrar con la sangre de las víctimas, ni con la tuya propia. Tú te reconocias culpable y anatematizada; tú buscabas una víctima preciosa é inocente para que satisficiese por tí, que eras criminal. Pues bien: ahí la tienes en ese Cordero inmaculado que quita los pecados del mundo. Ya el cuchillo sacerdotal de Aaron se halla embotado; ya los adoratorios del pagano han caido, dando lugar al altar del Calvario; recoge, pues, esa sangre que resalta en tan divina ara, y ofrécesela al cielo para que éste te mire propicio.

¡Ah! Sin esta víctima inocente que cada día se ofrece al Dios airado, ¿qué sería de nosotros? La historia contemporánea es un tejido de calamidades, es verdad; hay terremotos, hay epidemias, hay guerras sanguinarias; pero ¿qué son las calamidades de nuestro tiempo al lado de aquellas que afligian á los antiguos pueblos ántes que se alzase el altar del Calvario? La Grecia nos presenta un terremoto en que sólo en una ciudad perecen ciento veinte mil almas; otro en que de súbito se arruinan veinte ciudades; guerras que asolan naciones enteras y cautivan á los vivientes y los venden como bestias de carga; batallas en que quedan tendidos cuatrocientos mil cadáveres; pestes que convierten la tierra en hórrido panteon; ¡qué sé yo qué infortunios eran los de la antigua humanidad! Ahora la civilizacion no permite las antiguas carnicerías de la espada, porque el Evangelio ha ilustrado áun á los

mismos bárbaros que lo impugnan; Dios no permite al genio de la epidemia que dé libre vuelo en la tierra; ésta se conmueve á la simple insinuacion de su Criador, pero ni las ciudades se convierten en salobres lagos, ni se abre la tierra para tragar á sus habitantes. ¿Y por qué? Porque Dios tiene siempre puestos sus ojos en la víctima inocente, porque el Cordero de Dios vive en continua inmolacion para rogar por nosotros. ¡Y pluguiese al cielo que nuestra fé en esa Hostia sagrada fuese más viva, que en los templos se adorase al Señor en espíritu y verdad, que no se viese profanada la presencia de Jesucristo con tantas irreverencias y faltas de respeto! ¡Pluguiese á Dios que no viésemos cada dia en nuestros templos el degradante y enfadoso cuadro de muchos cristianos que, léjos de acudir á las sagradas solemnidades por adorar al Señor, sólo vienen á ocupar un puesto cómodo para entablar conversaciones inútiles ó discusiones inoportunas, y quizás malignas, llamando la atencion del fiel que ora y llenando de escándalo y estupor al infiel que no ora, pero observa!

Señores, esta es la realidad de lo que se ve entre nosotros; yo no puedo disimularlo ni callarlo, y esta es la causa de los azotes con que Dios nos aflige sin cesar; si no existiesen nuestras irreverencias, no tuviéramos tantos infortunios públicos.

Entremos, pues, ya dentro de nosotros mismos, considerando la sublime dignidad á que hemos sido elevados, dándonos Dios esa víctima para que la ofrezcamos cada dia al cielo y ruegue por nosotros; respetemos la Casa de Dios, como el Trono en que reside, y de donde nos mira para juzgarnos. Si así lo hacemos, este mediador nos librá de las desgracias que nos abrumen, será nuestro reconciliador con Dios su Padre, y nos llevará á la mansion de la paz y la dicha, donde vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo Dios, por todos los siglos de los siglos. Amen.

PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

EL GRAN COMBATE DE DIOS CON EL DEMONIO.

Hæc est hora... et potestas tenebrarum.

Esta es la hora y la potestad de las tinieblas.

(LUC. X., XXII, 53.)

El reinado del pecado no podia ménos de concluir de un modo estrepitoso; habiendo subyugado al mundo por espacio de cuatro mil años, sería su caída tan ruidosa cuanto su dominacion habia sido dilatada: semejante á las monarquías arruinadas en un dia por huestes agueridas entre escenas de horror, el imperio de la culpa, al ser destruido, sucumbiria con espantoso estruendo; y como el gigante llamado á singular batalla que hiere á su rival, ántes de quedar postrado y exhalar sus últimos espíritus entre grandes convulsiones, el pecado debia ver su última hora despues de haber vulnerado con sus aceros al campeón que hollaría su cerviz. Los últimos momentos de este mónstruo fueron momentos de tinieblas y de horror; todas las pasiones se desencadenaron y amotinaron, queriendo sobrepujarse unas á otras: la envidia, el furor, la venganza, la avaricia, la injusticia y la tiranía se sucedieron unas á otras para abrumar con sus continuados golpes al Santo de los Santos. Todo el poder infernal abandonó su morada tenebrosa y tomó posesion de corazones perversos para atacar furiosamente al Justo, que, sin abrir su boca, se dejaba despedazar de los mal-